

LA EDICIÓN AUTORIZADA

de la novela de que trata este extracto de argumento se ha publicado en la Casa Editorial de Herder & C.^a - Friburgo de Brisgovia, bajo el título:

El Pequeño Lord Fauntleroy

por

Francis Hodgson Burnett

Versión Castellana por

Carmen Ruiz del Arbol

Con trece grabados. En 8.º

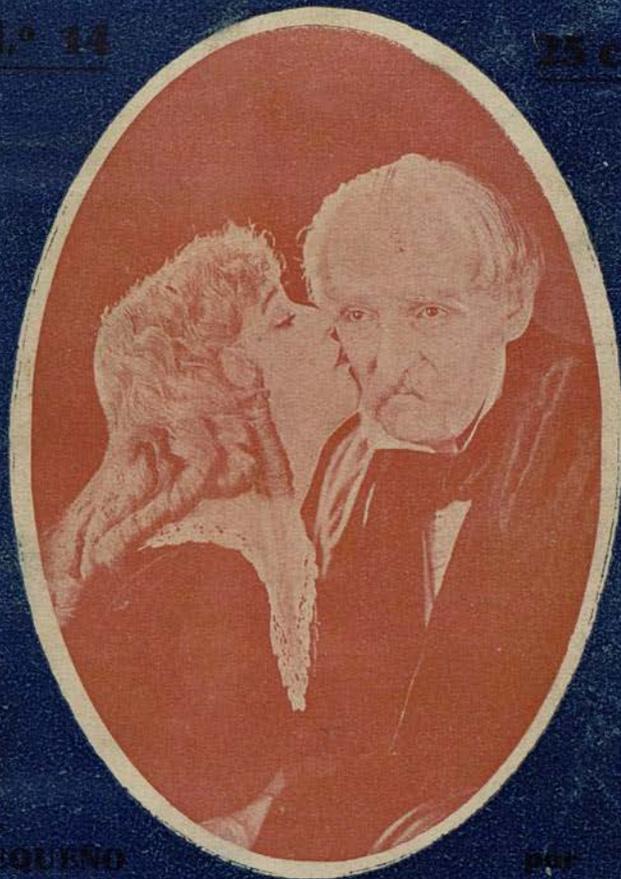
Encuad. Ptas. 5.- para España

Doll. -.80 para los países latino-americanos.

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 14

25 cts.



EL
PEQUEÑO
LORD FAUNTLEROY

por

Francis Hodgson
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XIV

EL PEQUEÑO LORD FAUNTLEROY
por **MARY PICKFORD**

2.^a JORNADA :-: (FIN)

EL INTRUSO

Al salir de la mísera habitación de la enferma, Carlos, henchido de gozo por el consuelo que ha llevado con sus promesas, y persuadido de que la caridad es la principal virtud que debe resplandecer en el blasón de un noble, se une á los juegos de los numerosos hermanitos como si fuera de su misma condición.

Las inocentes criaturas simpatizan enseguida hasta el punto de hacerse perfectos amigos con él.

Carlos, correspondiendo á las sinceras manifestaciones de afecto que le demuestran los pobres muchachos, les propone llevarlos al

Castillo para ofrecerles una gran comida. La invitación es unánimemente aceptada y la "comitiva" se pone en camino, no faltando en ella la "majestuosa carroza".

En el Castillo, entretanto, el Conde se mostraba altamente satisfecho de su recobrada agilidad y comprendía en sus adentros que la presencia de un niño, raudal de alegría sana, aliento vigoroso de vida nueva, es capaz de disipar las negruras del espíritu de un viejo que sufre, y de mitigar sus dolencias.

Para completar su buen humor, el Conde recibía una tierna sorpresa al tropezar sus manos con un manuscrito de su nieto, colocado en lugar visible. Junto al escrito había un ramito de flores olorosas. El viejo, con gesto de joven y aire jovial, las toma, emocionado, y se las pone en el ojal de su levita para poder enterarse sin mayor dilación de lo que le cuenta su «pequeño».

El papel decía:

"Buenos días, abuelito Lord. Cuando jugásteis ayer conmigo olvidásteis vuestra pierna enferma. ¿No podríamos jugar hoy otra vez?"

Os quiere mucho vuestro nieto:

Lord Fauntleroy."

Indiscutiblemente, Carlos tenía el don de metamorfosarse a su abuelo; en efecto: después de haber leído éste lo que antecede, sus labios se dilatan, sonríen y murmuran: "¡Bendito sea!"

Luego, ufano, atraviesa el Castillo en dirección a su despacho. Se ha olvidado de tomar el bastón, del que no podía separarse antes, mas no siente la necesidad de apoyarse.... al

contrario: anda ligero como en sus buenos tiempos. ¿Y el dolor reumático? ¿Había desaparecido? Aquello que él llamaba dolor ¿no era acaso abatimiento, del que por obra de un niño iba librándose? ¡Sil eso debía ser.

Havisham, con el que se cruza el Conde, se



...y la comitiva se pone en camino no faltando en ella la majestuosa carroza...

complace en expresarle su agrado por la visible mejora de su salud.

El Castellano, no queriendo sin embargo que su Notario se figure que ha variado en algo su carácter, disimula el ramito de flores de

su nieto en el bolsillo de su pantalón, y contesta adoptando su despotismo habitual:

—Abstengáos de felicitaciones; Havisham, y reservad vuestros juicios para los asuntos jurídicos de vuestra incumbencia.

Havisham, acostumbrado á las extravagancias del noble, soporta sus insolencias, mas esta vez de mejor grado, pues no ha dejado de ver que el viejo se halla en el sendero de la "enmienda" por obra y arte del pequeño Lord Fauntleroy, el americanito.

Carlos, con su numeroso séquito, ha llegado ya al Castillo. Los campesinos se extasían ante las bellezas de la inmensa mansión. El mayordomo se asusta de presenciar la irrupción en la digna morada de tanto chiquillo vulgar. Sin poderse figurar lo que habían ido á hacer en el Castillo, el criado notifica al Lord:

—Cuando el señor Conde esté libre de visitas.... tiene el desayuno servido.

A lo cual el aludido contesta:

—Seguramente no contábais con ellos; pero aquí tenéis á mis invitados.

El mayordomo, discretamente, se apresura á ir á enterar al viejo Conde de lo que ocurre.

Carlos anima á sus amiguitos, que no osaban apenas moverse:

—¡Eal! La mesa está servida; vayamos, pues, al comedor.

Allí los conduce y los hace instalar en torno á la mesa aprovisionada con abundancia.

El mayordomo, celoso cumplidor, de las rígidas ordenanzas del Señor, le notifica:

—Señor Conde: una turba de desarropados

protejidos por Lord Fauntleroy ha invadido el comedor.

El noble, en un ímpetu de su orgullo de raza, exclama furioso:

—¡Cómo se entiende! ¡Hay que impedir semejante espectáculo en mi casa! ¡Decid á Lord Fauntleroy que despida á esos harapientos!

El criado ejecuta la orden recibida, diciendo á Carlos:

—Si el señor Conde me lo permitiera, le advertiría respetuosamente.... que Lord Fauntleroy y estos golfos no pueden sentarse en la misma mesa.

Los «golfos» entregados en cuerpo y alma á devorar los exquisitos manjares que jamás probaron sus bocas, han oído la desagradable advertencia del mayordomo á su protector y esperan ansiosos, clavando sus ojos en él la resolución que determinará adoptar.

Carlos, herido en su amor propio, se levanta de la mesa y, altivo, amparándose en la autoridad que le otorga su título, reprimina al osado entrometido.

—Sabed que habláis á un Conde que habría podido llegar á la Presidencia de los Estados Unidos.—le dice—. ¡Y no olvidéis tampoco que aquel que rehusa servir á los amigos de un Conde se expone á morir decapitado!

El mayordomo está atónito: no esperaba este resultado para sus respetuosas indicaciones.

Carlos paseándose por el comedor, imitando á su abuelo cuando daba órdenes sin réplica, prosigue con la misma severidad:

—¡Zaherido! ¡Si! He aquí la palabra.... ¡Me

habéis zaherido en mi propia casa!

El viejo Conde, que ha querido presenciar por sí mismo la expulsión de los miserables muchachos que bajo ningún pretexto tenían que alternar con su nieto, asiste á la escena de la recriminación que éste dirige al mayordomo. Los gestos autoritarios, copia de los suyos, y la altivez tan bien simulada en su rostro, y en sus palabras, le hacen mucha gracia y olvida que en su mesa siguen mientras tanto "devorando" los "invitados".

El mayordomo, deseoso de reparar su falta, pregunta, sumiso, al pequeño Lord:

—¿Qué podemos hacer para desagraciaros, señor Conde?

—¡Servir á mis amigos lo mejor de lo mejor!

—Vamos á complaceros inmediatamente, señor Conde.

Carlos ha vencido. Los muchachos palmean por su triunfo.

El abuelo sale de su escondite. Carlos, al verle, le hace objeto de sus más puras sonrisas. Señalándole á sus amiguitos, le dice:

—Abuelito Lord, os presento á mis amigos.

El Conde no quiere ver á los aludidos que han tenido la osadía de hollar con sus plantas las losas seculares de la regia mansión. No obstante, calmado en su crisis de nervios por la apacible figura de su nieto, el abuelo le pregunta con leve reproche:

—¿Por qué los has traído aquí?

—¡Pobrecitos! Su mamá está muy enferma y no tienen qué comer. ¡Si vieras cómo viven, abuelito mío!

—¿Pero también has ido hasta su casa?

—Si, abuelito ¿había algún mal en ello?

—Es que....

—Son buena gente, abuelito y merecen que les ayude á salir de apuros. Mirad: ¿no os alegra el corazón el contemplar la alegría de esos amiguitos míos que por fin pueden comer hasta saciar su apetito?

—Has de comprender que tu....

—Perdonadme, abuelito, pero prometedme que vos le enviaréis un médico á la madre enferma y comida para todos. ¿Verdad que me complaceréis?

El anciano, prendido en la bondad de su heredero, acoje su demanda con gran indulgencia, arremetiendo para tal hacer contra una lluvia de prejuicios que no cesaban de agujonearle el espíritu. Y así se le expresa al muchacho:

—Si más tarde has de ser tú Conde de Dorincourt ¿qué inconveniente hay en que lo seas desde ahora? Da, pues, instrucciones á Havisham para que se haga aquí cuanto tú desees.

—¡Oh! Gracias, abuelito.... ¡Sois muy bueno!

Dejando en paz á los campesinos que siguen atentos las múltiples fases de la inagotable comida, con un apetito de mil demonios, Carlos, usando de las prerrogativas de su futuro título de Conde de Dorincourt, se traslada á su despacho y allí redacta esta orden:

"Querido señor Havisham:

Enviad si os place un doctor para la señora Higinia, y, para sus hijos, cosas muy buenas para comer.

Lord Fauntleroy."



La estancia del niño en el Castillo ha rejuvenecido al viejo de tal suerte, que hasta se permite largas caminatas á caballo, cosa que había olvidado desde hacía muchísimos años.

En uno de sus paseos con su abuelo, el pequeño Lord, extasiado ante la belleza é inmensidad de los parajes que su vista abarca, le pregunta:

—Abuelito Lord, ¿es vuestro este parque tan lindo?....

—Sí; y á tí te pertenecerá más tarde, cuando yo haya muerto.

—Entonces, no lo quiero.

Esta respuesta cayó en el corazón del Conde como una lágrima de agradecimiento....

Distraídos abuelo y nieto en su ingenua charla, llegan cerca del pabellón del Castillo. Carlos vé á pocos pasos de sí á su madre conversando con Havisham en el jardín.

—¡Ah! ¡Aquí está mamá! ¿La véis, abuelito?

El Conde finge no haber oído á su nieto y, desentendiéndose de nuevas preguntas, se aleja de su lado, diciéndole:

—Tengo que hablar con el jardinero y volveré dentro de un instante á recogerte.

Carlos que confiaba que al fin su abuelo conocería á su madre, sufre una dolorosa decepción, más se consuela en los brazos de su madre. Esta, por su parte, que al ver aparecer á

su hijo con el Conde ha creído que el anhelado momento de ser libertada de lo que parecía una reclusión había llegado para ella ya que el noble la hablaría y se convencería indudablemente de que no por no ser de su clase no era merecedora de vivir á su lado, también vé derribadas sus esperanzas, llenas de amor por su hijo.

Havisham ha participado mudamente de la dolorosa impresión, producida en la amantísima mujer por el desaire del abuelo. El Notario pensaba para sí que su Señor era como el león: había que vencerlo de un sólo golpe. El pequeño Lord ya había conseguido dominarlo casi por completo; su madre no había logrado todavía hacerle caer en la trampa para procurar vencerlo luego. ¿Llegaría ese día de tamaña caza?

Discretamente, Havisham regresa al Castillo dejando que los dos seres que se adoran puedan desahogar sus penas y contarse sus alegrías sin testigo alguno.

Durante la entrevista la madre esconde sus lágrimas de desagravio en la rizosa cabellera de su hijo. Si el pequeño era feliz ¿por qué había de disgustarse por la inflexible conducta del Conde?

*
**

Algunos días más tarde se produce un acontecimiento solemne en la vida de Lord Fauntleroy: es presentado oficialmente por su abuelo como futuro Conde de Dorinccourt.

El salón del Castillo está concurridísimo por los nobles de los contornos. Con franco orgullo, el Conde exclama ante todos los presentes:

—Tengo la satisfacción inmensa de presentaros á Lord Fauntleroy, futuro Conde de Dorinccourt, mi heredero absoluto.

El pequeño Lord no gusta de la rigurosa etiqueta y de la rigidez protocolaria de las costumbres nobiliarias; así es que en lugar de torcerse la espina dorsal en exageradas reverencias, se complace más y mejor en manifestar á los invitados:

—Deseo que os divertáis muchísimo en esta fiesta mía. Cuando yo sea mayor, procuraré ser igual que mi abuelito.... un buen Conde.

Y con ir después á estrecharles la mano, dedicándoles, por riguroso turno, unas frases cariñosas.

Hay alguien que no toma parte en la fiesta, no obstante su legítimo derecho á ello: es la madre del heredero de honores y riquezas de Dorinccourt.

Sin embargo, la mamá espera ser invitada, por cuyo motivo se ha vestido para estar pre-

parada cuando alguien vaya á buscarla, de parte del Conde.

Las horas pasan, mudas y frías, entorpe-



Hay alguien que no toma parte en la fiesta, no obstante su legítimo derecho á ello.

ciendo las ilusiones de la olvidada, que en su largo esperar sentada en un sillón junto al fuego de la chimenea, se ha rendido al sueño reparador.

La recepción ha sido tan extremadamente ajetreada para las fuerzas de Carlos, que se ve precisado á ir á descansar unos momentos, escojiendo, para estar tranquilo, el despacho de su abuelo.

Su compañero, el perro, un precioso ejemplar de Terranova, se coloca á los pies del divan sobre el cual Carlos reposa su cuerpo.

Poco después de entregarse al reposo el pequeño Lord, Havisham interrumpe discretamente al viejo Conde, que conversaba con unas damas en el salón, lo conduce aparte de ellas, y con gran reserva le notifica:

—Señor; he de comunicaros noticias extraordinarias que exigen tratarse en secreto.

—¿Qué sucede, Havisham? Mas, callad; estoy con vos al momento.

El noble se despide de las encopetadas aristócratas y, con su Notario, penetra en su despacho.

—¿Qué es lo que tanto parece inquietaros, Havisham?

—Señor, el asunto es muy grave....

—¡Hablad! ¿Ha ocurrido alguna desgracia en el Castillo?

—Otras son las tristes noticias, señor Conde, de las que me duele hondamente ser portador.

—¡Hablad! ¡Pronto!

—Carlos Errol, vuestro nieto, no sería Lord Fauntleroy, ni por consiguiente heredero del Condado, si vuestro hijo mayor Alejandro, casado en secreto, hubiese dejado un hijo.

—¡Alejandro, casado en secreto! ¡Un hijo suyo que vive! ¡Estáis loco, Havisham! ¿Qué

significa semejante historia, tan descabellada como inverosímil?

—Yo me holgaria, señor, de que todo ello fuese la falsa obra de gentes perversas ó intrigantes; mas esta historia ofrece hasta ahora una fuerte impresión de realidad.

El Conde, consternado por la terrible comunicación de Havisham, iba á gritar con todas sus energías, en esta ocasión centuplicadas, impidiéndoselo la aparición de.... Carlos. Este lo había oído todo desde su improvisado lecho....

Havisham y su señor se consultan con la mirada, como queriendo expresarse el enorme disgusto que la revelación que acaba de hacerse en su presencia ha debido ocasionarle.

Carlos, con infinita dulzura, se ampara en el brazo de su abuelo y le pregunta:

—Abuelito Lord, ¿ya no soy vuestro nieto?

El "león", transformado en un corderillo por la ternura de un niño puro como un ángel, se yergue con fiereza ante las sombras que intentan robarle la felicidad, y estrecha contra su pecho al muchacho, asegurándole:

—¡Pese á quién pese, tú lo serás mientras yo viva!

—Yo os quiero mucho, abuelito. Nada me importa dejar de ser Lord, con tal de seguir siendo vuestro nieto.

—¡Oh, alma querida!... ¡Havisham: removed cielo y tierra para aclarar y destruir esta historia!

—Quedad tranquilo, señor; yo haré cuanto esté en mi poder por descubrir la verdad.

*
**

La desgracia abre los ojos del Conde á la realidad y, abandonando añejos prejuicios, se decide á comunicarse con Amelia Errol, á quien con tanta tenacidad como injusticia había repudiado.

Así es como cierta mañana, Carlos y su abuelo van juntos al pabellón. El niño hace la presentación:

—Abuelito Lord, aquí está mamá.

El silencio es prueba de la honda emoción que embarga dos corazones que se creían enemigos pero que, al fin, se abrían sinceramente el uno al otro por el poder de un tercer corazón muy grande, á pesar de ser tan pequeño su dueño.

Finalmente, el Conde dice:

—Perdonad, señora, las caprichosas obstinaciones de un viejo, y permitidme celebrar una entrevista con vos.

—Sentáos, pues, señor. ¡Sed bienvenido!

—Os he tratado tan injustamente, que tal vez preferiríais que vuestro hijo no fuera Conde de Dorincourt.

—¡Que sea lo que su padre habría querido que fuese! ¡Ante su voluntad, nada me importan mis propios sentimientos!

—Las abnegadas miras que tenéis por vuestro

hijo os enaltecen, señora. Mas he de deciros que un dolor jamás sentido roe mi ser al pensar que se supone existe otro heredero, con mayores derechos que Carlos, á mi título y á mi herencia. ¡Estoy aflijidísimo, señora!

—Si el título no pertenece legalmente á Carlos, es preferible que volvamos á América.

—Escuchadme, os lo ruego. Para contrarrestar las versiones que se sostienen acerca del derecho á la herencia, se ha abierto una información. Por favor, no partáis de Londres sin que se conozca el resultado.

—¡Sea lo que vos queráis, Señor!

*
**

En Nueva York.

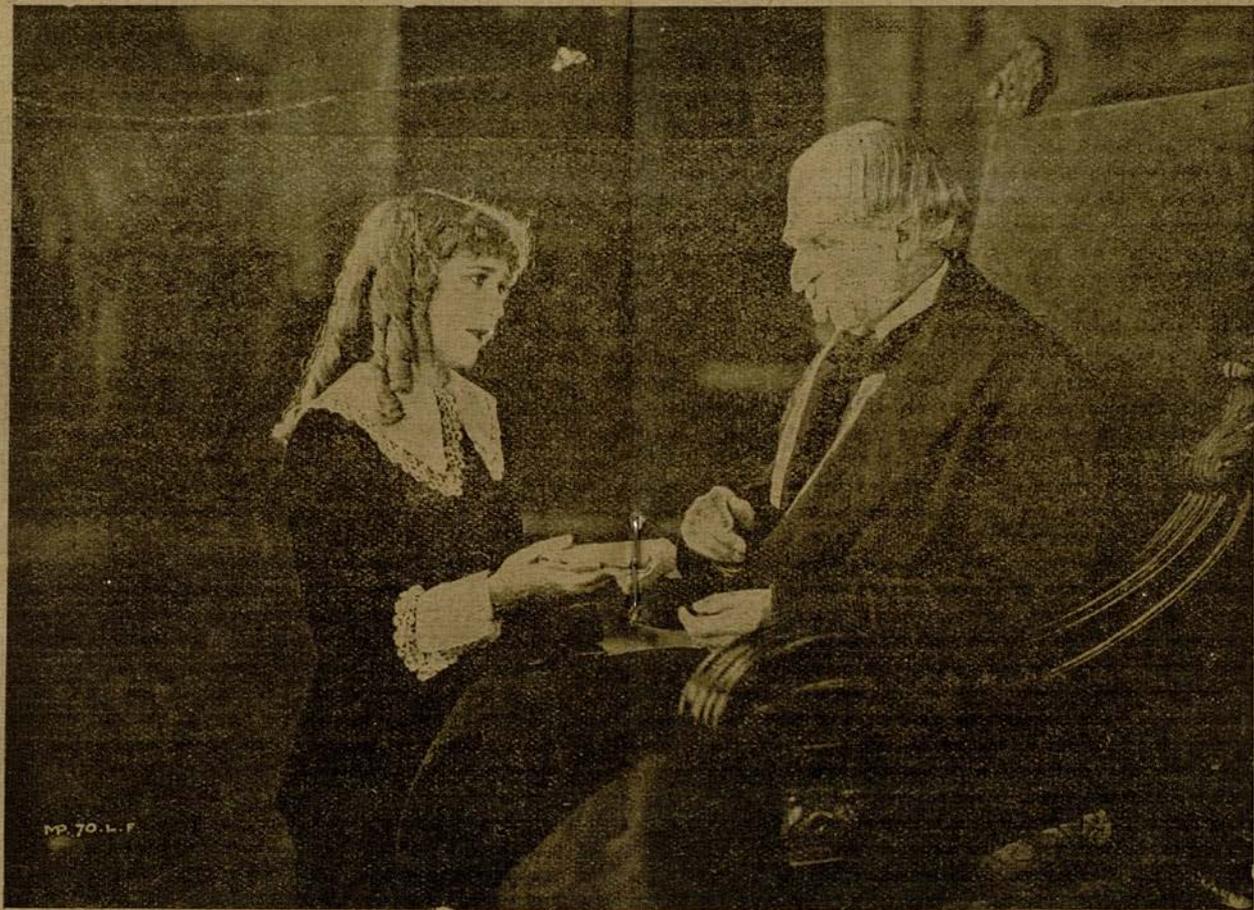
El señor Hobbs recibe noticias inesperadas: una carta de Carlos, el amiguito mimado. En ese escrito, el pretendiente á la Presidencia de los Estados Unidos decía así al tendero:

“Querido señor Hobbs:

Se han equivocado. No soy Lord y no seré Conde. Hay una dama que se casó con mi tío Alejandro, ya fal'ecido, y hay un niño que es el verdadero Lord Fauntleroy.

Saludos de vuestro amiguito

*CARLOS ERROL
y no Lord Fauntleroy,*“



Abuelito, un regalo para que me recordéis...

El escrito de Carlos llena de indignación á Hobbs, á la señora Cinta y á Silvestre, que se hallaban en la tienda del primero, comentando precisamente un artículo del periódico, relacionado con su amiguito Carlos.

Hobbs, apenas acababa la lectura de la carta, exclama:

—¡Qué mala suerte! ¡Tan buen chico, tan listo, tan cariñoso! ¡Mirad, mirad esta mujer del diario! Es la que disputa la herencia....

La señora Cinta clavaba sus ojos en la fotografía que publicaba el «New-York Herald»:

—Pero, ¿en qué se basa esa antipática señora para demostrar que á su hijo le pertenece ser Conde?

—Ved lo que dice el periódico:

“HEREDERO AMERICANO DESPOJADO DE SU TÍTULO Y DE SU FORTUNA

Lord Fauntleroy de Dorinccourt, Inglaterra, antes Carlos Errol de nuestra ciudad.—Fortuna considerable.—Vastos dominios.

La señora X..., cuya fotografía encabeza estas líneas, ha hecho importantísimas declaraciones á la prensa, asegurando que su hijo es el heredero legítimo del Condado de Dorinccourt

. Si el hecho se pone en claro, como es de esperar por las poderosas pruebas que dicha señora dice poseer, Carlos Errol no sería Lord Fauntleroy pues este título pertenecería al hijo de la reclamante.

Silverio no veía con buenos ojos esta historia, que olía á falsedad. Además ¿hasta entonces no se había decidido aquella señora á ha-

cer valer los derechos de su hijo á la herencia del Conde, su pretendido abuelo?

—¡Yo creo que esta historia pide un hombre de leyes!—dice á sus amigos.

—¡Y un detective!— agrega la señora Cinta.

—¡Y buenos puños!—ruge el señor Hobbs— ¡Si hace falta gastar dinero para defender á nuestro amigo, yo aportaré hasta el último céntimo!

El resultado de las pesquisas llevadas á cabo por Havisham, no ha sido satisfactorio para Carlos: existía el hijo de Alejandro, nacido antes que Carlos.

Sin derechos ningunos á la herencia, Carlos se ve precisado á regresar á América con su madre.

De consiguiente, se despide de la servidumbre de Dorinccourt.

—Espero que no me olvidaréis.... aunque ya no sea yo Lord Fauntleroy.

Los hombres, como tales, ocultan su pesar por la partida del alegre muchacho, tan bueno para todos; las mujeres, en cambio, lloran sinceramente.

El Conde, en su despacho, abatido por el sufrimiento moral que le produce la idea de la separación de su nieto amado, pierde la calma é increpa reciamente á su Notario:

—¿Y ostentáis, orgulloso, el título de letrado? ¿Cómo, pues, no habéis podido impedir que tenga que separarme del único ser que amo con fé en el mundo?

—¡Señor, todos los esfuerzos imaginables los he realizado para ahorraros tan sensible quebranto!

En este momento, llegaba Carlos á presencia de su abuelo, á quien, con lágrimas en los ojos, entregaba un paquetito:

—Abuelito—le dice—un regalo para que me recordéis. Es una flauta que me dió el señor Hobbs al venir de New-York.

La inocente prueba de cariño de Carlos hacia él, le rompe el corazón, hasta entonces incommovible, y por sus surcadas mejillas, que desde hacia muchos años no habian sido mojadas por ellas, corrían gruesas gotas, calientes como el fuego que abrasaba su interior, que iban á esconderse en sus flácidos bigotes blancos. ¡El Conde lloraba! ¡Si! La dura roca había sido emblandecida á fuerza de cariño, arraigado en lo mas íntimo de su existencia.

Ni el abuelo ni Carlos pudieron pronunciar una sola palabra más: sus corazones se juntaron irresistiblemente en un abrazo febril, desesperante, desgarrador. ¡Y los dos lloraban, muriéndose de pena!

Esta escena sublime es bruscamente cortada por el mayordomo del Castillo, que anuncia:

—Señor Conde, una señora solicita hablaros....

—¿Quién es?

—Viene con el nuevo Lord Fauntleroy.

—¿Eh?.... Haz entrar á la mujer solamente.... ¡El niño, de ningún modo!

La madre del pretendiente es conducida frente al Conde.

Carlos se ha retirado prudentemente al salón, donde se encuentra con el.... INTRUSO, y siente en sus venas la agitación de su sangre por vivos deseos que experimenta de echar á

puntapiés de allí al que iba á robarle la felicidad á su abuelo.

El Conde, por su parte, y con implacable severidad que manifiesta su aversión, interroga á la supuesta esposa de su hijo Alejandro:

—Deseo conocer los detalles de vuestro matrimonio secreto con mi hijo.

—Recordará el señor Conde que, para llegar á este acto, he establecido legalmente mis derechos.

Mientras el abuelo y la intrusa proseguían su conversación, ciertamente desagradable, Amelia Errol, satisfecha de recobrar á su hijo para siempre, se despedía de los criados que el Conde pusiera á su servicio.

Y Carlos, que seguía conteniendo sus fogosos arrebatos interiores contra el odioso rival, recibe, con inmensa alegría, la visita de sus buenos amigos de América, que ha llegado á Dorincourt con objeto de dar cima á la bienhechora misión que se han impuesto.

—¡Señor Hobbs! ¡Señora Cinta! Llegáis á tiempo de verme todavía aquí. Hoy partimos para América. ¡Qué contento estoy de veros!... ¿Dónde está Silverio?

—Esperamos que llegue de un momento á otro, señor Conde.

—¡Alto ahí! ¡Ya no soy Conde! ¡Al fin seré Presidente de los Estados Unidos! De todos modos, puedo enseñaros el Castillo de mi abuelito.

El señor Hobbs, inquieto ya, y aparte, dice á la señora Cinta:

—Si tarda mucho Silverio, quizá no tengamos oportunidad para realizar nuestros pro-

pósitos.

Precisamente en ese mismo instante, llega al Castillo Silverio acompañado de un desconocido. El simpático limpia-botas solicita hablar con el Conde y, ante la imposibilidad de ver á éste enseguida, pregunta por Havisham, á quien ha tenido ocasión de prestar sus "brillantes" servicios en Nueva York.

—He venido á defender á mi pequeño amigo. Le quieren arrebatar el título ¿verdad?

—En efecto, tal es el caso.

Silverio, con la venia de su acompañante, pone al corriente á Havisham de la personalidad de la intrusa.

El señor Hobbs y la señora Cinta siguen, entretanto, á Carlos que les hace admirar las bellezas del Castillo.

El Conde, que no puede sufrir por más tiempo la forzada entrevista con la madre del pretendiente á su título, se levanta de su sillón y la echa en cara lo que siente:

—¡Venís aquí con vuestro antipático retoño para verme morir y lanzaros como buitres sobre mis despojos! Pero ni yo quiero morir ni Dios lo consentirá... ...¡para fastidiaros!

—¡Sin embargo—protesta la mujer—mi hijo ostenta derecho más legítimo sobre la herencia que ese muchacho!

—Apartáos de mi vista. ¡No quiero veros!

La intrusa adopta la resolución de obedecer al Conde, pensando que una vez calmada su excitación, reflexionará mejor el asunto.

Antes de salir del despacho del noble, Havisham la detiene y la manifiesta:

—Mientras estéis aquí debéis someteros á

una pequeña investigación, un informe sencillo, sin importancia.

Tras estas palabras que el Conde, abatido en su sillón por el violento choque de sufrimientos, ha oído, sorprendido, Havisham pone á la intrusa frente al acompañante de Silverio... ¡que era su marido!

Este, avergonzado por la indecorosa conducta de su esposa la recrimina, colérico:

—¿Cómo te has atrevido á realizar otro matrimonio secreto? ¡Cuál es mi papel en este asunto! ¡Qué has hecho de mi hijo!

La falsa mujer, sorprendida, no acierta á contestar, y por si lo intentara, Havisham la dice:

—Señora, he aquí un caso de bigamia por el que podríamos perseguiros criminalmente. Renunciamos, sin embargo, á toda acción, si firmáis este documento estableciendo la verdadera paternidad del intruso pretendiente.

La aventurera, cojida en la trampa, no quiere renunciar á deshacer el ingenioso enredo por el cual se iba á asegurar una vida de lujo soñada, mas el temor de la persecución á que, en efecto, da lugar un doble casamiento, la obliga á renunciar á su malvado plan.

Carlos, que ha invitado á sus amigos á tomar el té en sus habitaciones, los deja un instante á la succulenta tarea de absorber la colación con unos pastelitos, intrigado por lo que debe estar haciendo el supuesto legítimo Lord Fauntleroy.

Carlos vé como éste, sin el consentimiento de nadie, se pone sus vestidos dejados sobre una mesita.

—Perdón—le dice—¿Quién os ha dado permiso para poneros mi sombrero y mi sobre todo?

—Yo soy Lord Fauntleroy.... ¡Aquí todo me pertenece á mi—responde el intruso.

—Voy á preguntarle á mi abuelo si tenéis derecho á usar mis prendas.

—¡Id, id á preguntarle cuánto queráis á ese viejo!

—¡Retirad esa palabra ofensiva!

El hijo de la aventurera, á traición, pega un soberbio puñetazo en un ojo de Carlos, que cae al suelo dolorido. Se levanta prestamente.

—Qué turbio lo veo todo—exclama.

El falso pretendiente, temeroso de la venganza de Carlos, intenta huir, mas este lo alcanza á tiempo de propinarle una señora paliza y de obligarle á pedirle perdón, para que su madre, derrotada, pueda llevárselo «calentito», á fin de que se acuerde de cómo los muchachos saben también defender lo suyo.

El marido sigue á su infiel compañera para arreglarle la cuenta en su casa.

Havisham, satisfecho de haber podido, con la valiosa colaboración de Silverio—que casualmente tuvo conocimiento de que la mujer cuyo retrato figuraba en todos los periódicos de Nueva York, era la esposa del amigo de un cliente suyo recién llegado de Europa,—hace la siguiente aclaración al Conde:

—Ella y él eran cantantes de ópera. Ella se había enamorado de vuestro hijo, á quien seguía por todas partes llevando consigo al muchacho. Por tal motivo, y aprovechándose de la larga ausencia de su esposo, ideó el ma-

quiavélico plan de proclamar que su hijo lo era también de vuestro hijo Alejandro con el cual, seducido por ella, se casó en secreto como lo hizo con su primer marido.

—¡Qué angustia se me ha quitado de encima! Decid á Lord Fauntleroy que le espero.



...y de obligarle á pedirle perdón...

Havisham se complace en comunicar la buena noticia á Carlos, que sigue viéndolo todo muy oscuro.

—Han pretendido en vano, engañarnos: aun continuáis siendo Lord Fauntleroy.—le dice el notario acompañándolo hasta el Conde.

El abuelo se imagina la escena que ha debido tener lugar entre los dos muchachos, y bendice el chichón de Carlitos.

*
**

Silverio, que ha tenido ocasión de cambiar unas palabras de franca amistad con su amado amiguito, el señor Hobbs, la señora Cinta y Havisham, se hallan reunidos en el despacho del Conde en torno al abuelo feliz y al nieto sonriente.

—Abuelito — le pregunta Carlos — ¿viviré siempre á vuestro lado?

— ¡Sí, hijo mio!

— ¿Y mamá también?

—.... ¡Sí, hijo mio!

Amelia Errol llega en este momento á la puerta del Castillo, dispuesta á llevarse á su hijo. Havisham sale á su encuentro, la informa de la aclaración habida y la conduce ante el Conde.

Viendo el gesto de inquietud de su madre — que ha advertido también su ojo amoratado — Carlos estrechándola contra sí con pasión, la tranquiliza:

—No te alarmes, mamaita — la dice —. Un li-

gero percance, defendiendo los fueros de la familia.

Abuelo y nieto se abrazan. La calma renace. El Conde advierte la señal del golpe recibido



...Carlos, que sigue viéndolo todo muy oscuro...

por Carlos. Y á la pregunta de aquél, Carlos contesta con un marcado gesto de dignidad:

—He imprimido el blasón de los Dorinccourt sobre las narices del falso Lord Fauntleroy.....

La fausta noticia de que Carlos es el verdadero Lord Fauntleroy cunde en todas las dependencias del Castillo y el jolgorio es general. Ello es una prueba de la simpatía que todos tienen puesta en el pequeño gran corazón.

La nota final, la más hermosa, la da el abuelo, implorando el perdón de la madre repudiada.

—Vivid con nosotros en el Castillo....., Lady Fauntleroy.—la ruega.

—¿Es esa vuestra firme voluntad?

—Vuestra presencia la estimo honrosa y la considero imprescindible.

Entre la alegría sana que emana del corazón de los presentes, se escapa alguna lágrima traviesa....

Carlos, considerando que sus bucles eran adornos infantiles, manda llamar al barbero, y ante los emocionados espectadores de tan importante operación, le ordena:

—¡Cortadme los bucles, y afeitadme también, que ya soy un hombre!

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Próximo número:

La novela-film, de asunto real;

LA TORMENTA

POSTAL-FOTOGRAFIA:

PINA MENICHELLI

No dejen de adquirirlo Precio 25 Cts.

Imprenta E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa

No deje Vd. de comprar todos los números de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA y sabremos corresponderle con mayores sacrificios, invariablemente al precio increíble de 25 cts. Adquiriendo todos los números, podrá formarse la más elegante y artística GALERÍA FOTO-CINEMATOGRAFICA de las más célebres figuras de la pantalla.

¡COMPRADLA TODOS!

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Berlini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sanson, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin

La venta exclusiva de

La Novela Semanal Cinematográfica

en España y América pertenece á la

Sociedad General Española de Librería

Ferraz, 21
MADRID

Barbará, 16
BARCELONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(pago anticipado)

BARCELONA Y PROVINCIAS

Año 12 ptas.

Semestre 7 »

EXTRANJERO

Año 18 ptas.

Semestre 10 »

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Año 14 ptas.

Semestre 8 »

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal.